

ARREBATADO DEL INCENDIO

Les contaré algo que ocurrió hace poco más de doscientos años.

Sólo se quemó una casa parroquial -un edificio de madera con techo de paja -, pero el incendio fue uno de los más memorables de la historia de Inglaterra.

En ese tiempo vivía en la casa una familia bastante numerosa constituida por el papá, la mamá y varios niños.

Entre los niños había uno que se llamaba Juan. Tenía seis años y era un niño despierto y alegre, y estaba destinado a ser uno de los hombres más conocidos y notables de su tiempo.

Era la medianoche del 9 de febrero de 1709 cuando se descubrió el fuego. La familia estaba durmiendo plácidamente cuando de repente el terrible grito de "¡Fuego!" los despertó a la realidad del peligro inmediato.

La antigua casa, seca como yesca, pronto fue una sola masa de llamas, y el humo salía por todas las ventanas.

Tomando rápidamente los soñolientos niños de sus camas, el papá y la mamá los condujeron rápidamente afuera, a un lugar seguro. Con tanta premura lo hicieron, y tanto era su pánico, que no tuvieron tiempo de pensar en ropas, y algunos de ellos se encontraron en el jardín con sólo su ropa de dormir. En la casa tenían oro y plata por varios centenares de dólares, y la mamá deseaba regresar para recuperarlos, pero el papá no la dejó entrar, diciendo que era mejor que se perdiera el dinero que correr un riesgo tan grande. En poco tiempo toda la vecindad estaba levantada, y decenas de personas se habían reunido para ver el dramático incendio.

Repentinamente, de labios de todos salió un grito de asombro y terror, pues en una de las ventanas apareció el pálido y asustado rostro de un niño.

Era Juancito. Con el terror y la confusión todos se habían olvidado de él. Despertado por el ruido extraño, había encontrado que su dormitorio estaba iluminado, y pensó que ya había amanecido. Pero cuando vio las llamas que corrían por el techo de su habitación, saltó de la cama y corrió hacia la puerta, de donde tuvo que volver por el calor y el humo. Como por allí no tenía salida se acercó a la ventana, y parado sobre una silla se asomó a la oscuridad y vio un mar de gente asustada que miraba hacia arriba.

-¡Socorro! ¡Ayúdenme! -gritó el pobre Juancito.

El papá lo vio, y en un arranque de angustia corrió hacia el edificio una vez más, e intentó subir las escaleras. Se puso los pantalones sobre su cabeza para no quemarse y valientemente trató de abrirse paso, pero fue en vano. El humo lo ahogaba y tuvo que salir, y en su desesperación cayó de rodillas clamando a Dios que salvara a su hijo.

¡Si tan sólo hubiera una escalera para poner por afuera!

Pero no había escaleras cerca, y parecía imposible que Juan, cito se salvara. A cada momento las hambrientas y crepitantes llamas se acercaban al rostro blanco y aterrorizado del niño.

El brillo del fuego se reflejaba en el rostro asustado de los que miraban sin poder hacer nada. Algunos de ellos gritaban sugerencias que se perdían en el estruendo del fuego que ardía en el techo.

¿No se podía hacer algo antes de que fuera tarde para siempre?

De repente un hombre que estaba mirando, sacudido por el pensamiento de la tragedia inminente, corrió hacia adelante y se ubicó bajo la ventana donde Juancito gritaba por ayuda. Agachándose llamó a otro hombre y le indicó que se subiera sobre sus anchos hombros. El segundo hombre obedeció, pero había tomado demasiado impulso y cayó al suelo... Probó de nuevo y esta vez tuvo éxito. Estirándose cuanto podía, pudo tomar las manos extendidas de Juancito y sacarlo por la ventana a un lugar seguro.

¡Salvado!

Un grito de alegría y gratitud surgió de la muchedumbre, y el edificio contestó como un eco al caerse el techo arrastrando consigo el lugar donde hacía instantes Juancito había estado parado. Por un milagro de la Providencia, nadie resultó herido.

-¡Vengan, vecinos! -gritó el agradecido padre -, arrodillémonos y demos gracias a Dios, porque El me ha dado a mis ocho hijos, sanos y salvos. No importa que la casa se pierda, soy lo suficientemente rico.

Y mientras lágrimas de alegría rodaban por muchas mejillas, se arrodillaron y agradecieron a Dios por su bondad mientras el incendio se apagaba solo al no haber nada más que quemar.

Juan nunca olvidó esa noche terrible. ¿Cómo podría olvidarla? De alguna manera dejó una huella en toda su vida posterior. Cuando fue grande llegó a ser un poderoso predicador, el se refería a sí mismo como un "tizón arrebatado del incendio". Siempre sintió que Dios debía de tener algún propósito para su vida al haberlo salvado en forma tan maravillosa en su niñez.

Ciertamente Dios tenía una gran obra para él, pues Juancito llegó a ser Juan Wesley, cuyo nombre es conocido ahora en el mundo entero. Fue el fundador de la Iglesia Metodista. Predicó a los pobres en los campos y en las calles de las ciudades, produjo un gran reavivamiento espiritual en Inglaterra en el siglo dieciocho, y salvó a su país de horrores de la Revolución Francesa.

Mientras los sanguinarios revolucionarios de Fraru cantaban "La Marsellesa", la gente sencilla de Inglaterra cantaba "Cariñoso Salvador" que les había enseñado Juan Wesley con su hermano Samuel.

¡Cuán grande fue la acción de ese desconocido que se esforzó esa noche para servir como escalera para salvar a un niño!

¿Quién puede precisar el valor de un niño? ¡Cuán preciosos son los niños hoy, y cuán grandes pueden ser mañana!

Niños y niñas, Dios tiene también un propósito para sus vidas. Su cuidado vigilante está sobre ustedes cada día para que también puedan llegar a ser grandes en su servicio en el futuro. Todos somos como "tizones arrebatados del incendio", para que un día podamos brillar con luz celestial para El en este mundo oscuro. Ojalá que con la ayuda de Dios, todos podamos ser como Juan Wesley.